Vertientes y redes hidrográficas

Emilio Guadalajara

Bien es sabido que buena parte del territorio español, junto a Portugal, forma parte de la Península Ibérica.

Los que estudiamos por los años 50 aprendimos en la famosa enciclopedia Álvarez, desde sus primeras lecciones de geografía, que península se definía como «porción de tierra rodeada de agua por todas partes menos por una», que se atrevían a escribir como «istmo».

En otra lección se añadía que esas aguas que nos rodean forman parte del Océano Atlántico, Mar Cantábrico y Mar Mediterráneo. Otras lecciones posteriores situaban los ríos principales como pertenecientes a tres vertientes. A partir de aquí, entre teoría y práctica se abría un abismo muy difícil, si no imposible de resolver. Nunca entendimos cuando andábamos por el campo si estábamos en una u otra vertiente. La cosa se complica mucho en la provincia de Cuenca, puesto que su amplia red hidrográfica evacua a dos de esas vertientes generales.

Sin embargo, los pobladores paleolíticos tenían un perfecto conocimiento del territorio y buena prueba de ello es el extraordinario desarrollo del lóbulo occipital del cerebro, destinado a la visión. Los romanos fueron posiblemente los primeros en llevar ese conocimiento al extremo de la ciencia. En aquellos tiempos, con escasos mapas o poca definición y exactitud de los mismos, eran los cursos de los ríos más o menos alineados con el sol las únicas referencias para ese perfecto conocimiento territorial. Esos conocimientos debieron pasar de generación en generación por transmisión oral y junto con ellos una toponimia muy bien contextualizada. Así han podido llegar hasta nuestros días, reforzados ahora por unos mapas de enorme exactitud y conformes con la orografía natural.

Esta colaboración intentará ofrecer una ínfima aportación para que esas definiciones abstractas de vertiente y red, propias de los libros de texto, se visualicen sobre el terreno. Valga para ello una serie de ejemplificaciones.

Collados.

Se trata de un núcleo de población en el conocido Campichuelo. En general un collado es un punto (estratégico) en el que confluyen dos o más vaguadas o evacuatorios de agua pluvial. También podría decirse que un collado se formaría entre dos cotas (montes próximos). Un collado se configura como un paso natural y nuestro Collados va más allá, ya que divide la vertiente atlántica del Tajo con la mediterránea del Júcar.

Plaza de Collados.

Tormo de Cañaveras y Ojuelos de Valdeminguete.

Están situados en el extremo nororiental de la provincia, justo en el nacimiento de nuestro Júcar, *Xucar*, *Xucro* o Río Dulce. Hay que remontar ese nacimiento verdadero, hoy situado en el Estrecho del Infierno, hasta llegar a un camino que une Cuenca, Guadalajara y Teruel. Ese cruce del camino y su Tormo de Cañaveras marcan también la divisoria de vertientes atlántica y mediterránea.

Pero este lugar nos depara otra sorpresa, amén de ser uno de los más bellos paisajes. Miremos un mapa con detenimiento. Júcar y Tajo parecen nacer del mismo cerro y con cursos contrarios, el primero buscando el mediodía y el segundo el norte y noreste. En realidad el Tajo tiene desde sus orígenes geológicos vocación mediterránea, pero algo se interpone para hacerle cambiar y desviarlo a poniente. El Hundido de Armallones fue su paso natural hacia el Atlántico. Pero todo esto va más lejos. Hablan los geólogos de la acción remontante, es decir, el nacimiento de un río tiende a remontar a causa, entre otras, de la bajada del nivel del mar en épocas glaciares. Y algo más complicado: la península basculó hacia el noroeste, levantando las playas mediterráneas y favoreciendo decisivamente ese giro del Tajo hacia el Hundido.

Hoz de Beteta. Canal que deriva el agua del Guadiela a la central eléctrica de Vadillos.

Si todo siguiese en ese sentido, el pequeño Júcar capturaría al Tajo y con toda probabilidad absorbería e incorporaría sus aguas, incrementando mucho su caudal. El Padre Tajo, el río más largo de la península, se vería obligado a secarse en un tramo de su curso alto y rehacerse en otros puntos inferiores. Pero para ello habrá de pasar algún que otro millón de años. Para esas fechas no tendrá sentido seguir en lucha las comunidades autónomas de Castilla-La Mancha y Murcia, puesto que por necesidad nuestro pequeño Júcar incorporará los manantiales del Alto Tajo.

Trasvase Tajo-Segura.

El mal llamado trasvase Tajo-Segura debería ser Tajo-Gritos-Júcar-Mundo-Segura. La mano del hombre acelera y cambia radicalmente el curso natural y buena prueba de ello es esa obra de ingeniería. Para realizar su trazado se necesitaron equipos humanos y centenares de rigurosos estudios, pues había que sortear todo tipo de obstáculos para dar caída al agua. Todo ello empieza por el propio arranque y bombeo de aguas desde los embalses de Talave y La Bujeda. Ya desde lo alto las aguas han de atravesar redes hidrográficas y pasar de la vertiente atlántica a la mediterránea, y sólo eso es posible a través de acueductos elevados tan espectaculares como el de Alcázar del Rey o Zafra de Záncara. Ese último nombre nos recuerda que hay que sortear la red del Guadiana para dar paso a la del Segura.

Trasvase Tajo-Segura a su paso por Zafra de Záncara.

La Calzada o la Calzadilla.

Se trata de una pequeña elevación próxima al Puerto de Cabrejas y muy bien señalizada por la ubicación de una torre de vigilancia contra incendios forestales. En este lugar confluyen nada menos que tres redes hidrográficas: Tajo con su río Mayor, Júcar y Guadiana con el Gigüela. Probablemente se denominó Calzadilla porque los antiguos romanos debieron trazar una vía de comunicación de segundo o tercer orden. En la actualidad, tal calzada debe transcurrir en algún punto bajo la antigua carretera nacional Madrid-Cuenca.

No cabe duda del dominio y control del territorio del imperio romano, capaz de planificar una vía por los collados más oportunos, sorteando las vertientes y zonas nortizas, siempre acosadas por los hielos y escarchas invernales.

Foto derecha: Calzadilla.
Foto inferior: Cañada Real

Fuente de las Mestas y Cañada Real.

Situadas en el término municipal de Las Majadas, en la vía de saca que lleva a Cerviñuelo y Tejadillos. Anualmente decenas de rebaños utilizan esa zona en su deambular ordinario y en su trashumancia hacia invernaderos del Valle de Alcudia y cuarteles de verano en Montes Universales. La fuente precisamente vierte sus aguas hacia el Tajo, pero a pocos pasos hacia arriba una gota de lluvia caída tendería a caer hacia el Júcar.

Y nuevamente sale a la palestra el dominio del territorio, solo que ahora los protagonistas son los madereros. Con anterioridad se ha dicho «vía de saca» y probablemente no se haya reparado en su definición. Se trata de «saca de madera». Actualmente los caminos asfaltados ponen en comunicación unas zonas con otras con absoluta independencia de las vertientes. Basta un túnel, una trinchera o un puente para hacer posible ese paso. Pero antiguamente, y no hay que remontarse más allá de los años cincuenta del siglo pasado, la única posibilidad de sacar maderas era utilizar las vías fluviales. Los gancheros eran sus protagonistas. La organización de las talas de bosques estaba íntimamente unida a las redes fluviales. Las maderas había que tomarlas del corazón del bosque y simplemente por cuestiones prácticas había que arrastrarlas hacia abajo, buscando su caída y tendencia natural. Sacar un tronco hacia arriba significaba un esfuerzo ímprobo de hombres y pares de acémilas, hasta el punto de descartar buenas maderas por el simple hecho de verse obligados a subirlas por una cuesta. Las cuadrillas de arrastradores y gancheros se organizaban de acuerdo siempre a las redes hidrográficas. Así los montes del propio término de Las Majadas se talaban dependiendo siempre de la vertiente. Las Mestas y la fuente mencionadas en un principio delimitaban esos aprovechamientos madereros.

Castillo de Moya.

En los albores de la Edad Moderna el Marquesado de Moya, situado al este de la provincia de Cuenca, controló el tráfico de animales, personas y mercancías entre Castilla y Valencia. Por entonces Castilla acogía a más de la mitad de la población de la península y necesitaba una salida próxima al mar para sacar sus mercancías y recibir materias primas. Santander era un puerto obligado, pero la Cordillera Cantábrica ofrecía serias dificultades de paso, de un lado por la orografía, y otro por los rigores invernales. Valencia era una buena opción en cuanto a relativa proximidad y por una orografía menos agresiva que la cornisa norte. Moya fue edificado en ese paso obligado y el marquesado basaba sus importantes ingresos en el cobro de impuestos por rodas y portazgos.

Pero pasar de Castilla a Valencia significaba cruzar de la red del Júcar a otra distinta aún en la misma vertiente general. El río Guadalaviar, nacido en la localidad homónima de Teruel, hace un pequeño giro para bañar las riberas de esa capital de provincia y penetra en tierra de Ademuz, una «isla» perteneciente al Reino de Valencia. Curiosamente es allí cuando cambia de denominación pasando a llamarse Turia. Desde Ademuz penetra en la provincia de Cuenca por tierras de Moya y acabará ya en la comunidad valenciana.

La antigua Moya islámica no coincide con la actual cristiana. Esa antigua Moya fue erigida en un cerro al noreste de la actual, pero de ella no quedan sino restos cerámicos pues se cree que incluso fue desmontada piedra a piedra y trasladada al actual castillo sobre el barrio de El Arrabal. Es precisamente esa desaparecida Moya una divisoria de redes. La actual está ligeramente desviada y plenamente en la red fluvial del río Moya, cuyos nacimientos se hallan en los Ojuelos de Santo Domingo.